
Editorial

Se acabó el año y sobrevivimos a la crisis económica. No prosperamos, sólo sobrevivimos, y eso, con alguna dificultad. Ahora nos preparamos para las fiestas decembrinas sin ánimo y sin dinero o más bien, con un dinero tan devaluado que sólo nos sirve para subsistir.

A pesar de todo la mayor parte de la población se las ingeniará para celebrar la Navidad, con regalos sólo para los niños (la ropa que necesitan, tal vez) con una cena más bien modesta, afianzándose como siempre a la esperanza de que el optimismo nos puede sacar adelante.

La Navidad y el Año Nuevo representan siempre la esperanza. Esperanza de que todo siga bien, cuando nos ha ido bien, o de que todo cambie, cuando nos ha ido mal. . . Los seres humanos somos dados a evaluar logros y fracasos en términos de tiempos: cumpleaños, fechas históricas, aniversarios de bodas o de iniciación de un trabajo y, desde luego, en términos del año que se acaba.

Este fin de año coincide con el final de un sexenio que para todos ha sido difícil, para algunos catastrófico. No habría por qué sentirse ni siquiera mínimamente optimista. Nada apunta a una mejoría en las finanzas públicas o privadas y al parecer lo único que ha sostenido al país y tendrá que seguir sosteniéndolo, es la tan cacareada "fuerza moral", léase resignación, de los y las mexicanas.

La esperanza radica ahora en que la resignación se ha acabado, en que la ciudadanía ha reaccionado en forma pacífica y con razonamiento político, en contra del autoritarismo que llevó al país al desastre. El optimismo lo inspira el hecho de que se dejó atrás la apatía y que el pueblo, todo, se organiza para mejor demandar sus derechos, para exigir una política limpia y una economía saludable. 